

tos de este prelado altivo y cortesano, si no se hubieran mezclado otros motivos. Su envidia se despertó en efecto al ver que el obispo de Alejandría, que principiaba á nombrarse arzobispo y patriarca, tuviese una dignidad mayor que la suya. Arrio, espulsado de Egipto y retirado á Palestina, en donde habia hallado el apoyo del obispo de Cesarea y de algunos otros prelados, escribió, probablemente por consejo de ellos, al obispo de Nicomedia, y le esplicó su doctrina. Procuró tambien ridiculizar á los grandes obispos que no pensaban del mismo modo que él; como Filogonio de Antioquia, Macario de Jerusalem, Helánico de Trípoli, y mas que á todos á su propio pastor San Alejandro; pero de los que seguian sus opiniones habló el sectario como de unos hombres del mas raro mérito y de la mas acendrada virtud.

Eusebio le respondió que fuese á verle á Nicomedia, á donde el herege acudió sin dilacion con muchos obispos partidarios suyos; y fué presentado, como si fuese un santo perseguido, á la princesa Constanza, la cual abrazó desde entonces ciegamente estas novedades. Empeñáronse sus favorecedores en que habia de volver á su iglesia, y que su obispo le habia de recibir; pero para hacer la cosa con alguna formalidad y desacreditar á Alejandro en la córte, aconsejaron á Arrio que le escribiese una carta justificando su conducta. Acompañaron á ella sus instancias los protectores del hipócrita, y la firmaron los dos Eusebios, Paulino de Tiro, y un gran número de prelados inficionados ó sorprendidos. Lejos de abjurar sus impiedades el heresiarca, hacia una nueva profesion de ellas en su misma peticion, manifestándose muy dispuesto á entenderlas de todos modos. Con este designio compuso por aquel mismo tiempo unas canciones populares, para insinuar agradablemente el veneno en los corazones de las

personas mas comunes (1). Habíalas para los viajantes, para los marineros, para los artesanos, y hasta para las personas de vida depravada; pues solo á estas pudo tener presente en su pieza intitulada *Talia*, como puesto sobre el tono de las coplas mas obscenas (2).

Tan reiterados ataques como sufría el obispo de Alejandría, ó por mejor decir, toda la Iglesia, despertaron en aquel santo viejo toda la actividad y vigor de sus primeros años. Escribió primeramente al Papa San Silvestre, segun se cree, dándole cuenta de su conducta, y para conducirse con las luces de la Cabeza de la Iglesia: despues, con el objeto de separar del partido malo ó á lo menos precaver y sostener contra él á todos los prelados que pudiese, publicó un manifiesto Pastoral en forma de carta circular, en el que se acusaba á Eusebio de Nicomedia de haber sostenido desde mucho tiempo antes de aquellas turbulencias los errores de Arrio. Y efectivamente, seria difícil decidir cuál de los dos, Arrio ó Eusebio, merecia aqui la vergonzosa gloria de la invencion. Espresamente dice San Alejandro que Eusebio no tanto queria defender á Arrio, como defenderse á sí mismo; no haciendo mas que renovar por Arrio sus antiguas impiedades, cuya memoria habia borrado el tiempo. Segun este testimonio respetable, fué Eusebio mas bien maestro que discípulo en esta alteracion impia del dogma católico; y si por ventura habia dado al atrevido Arrio el cargo de predicarla abiertamente, se reservó para sí el oficio menos peligroso y mas importante que fué el de protegerla. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que ambos habian sido condiscípulos en la escuela del mártir San Luciano, cuya doctri-

(1) Philostorg. lib. 2, cap. 2.
(2) S. Athanas. in Arium, Orat. 2.

na, por mal entendida, fué algun tiempo tan sospechosa que se vió precisado á reparar el escándalo para volver á entrar en la comunión de la Iglesia, en cuyo gremio tuvo la dicha de morir.

Eusebio, enfurecido al ver frustrados los designios de su politica por el celo ingénuo del santo patriarca, ya no guardó mas miramientos; y desde entonces concibió un odio irreconciliable contra el diácono Atanasio, que nunca se separaba de su obispo San Alejandro cuya entera confianza gozaba, y por cuya causa se cree con razon que tuvo no poca parte en las empresas santas del venerable prelado. Eusebio, con los obispos que le estaban vendidos, formó una especie de Concilio en Bitinia, en el que se aprobó generalmente la doctrina de Arrio; y desde allí se escribió á todas partes para que se mirase á los arrianos como ortodoxos, se comunicase con ellos, y se hiciese de manera que el obispo de Alejandría egecutase lo mismo. Mas este se mantuvo inalterable en su resolucion, y Arrio pidió á Eusebio de Cesarea, á Paulino de Tiro, y á Patrófilo de Escitópolis diesen licencia para que él y los suyos se refugiasen á Palestina, y celebrasen allí sus asambleas particulares, como acostumbraban hacerlo los sacerdotes en Alejandría, sin perjuicio de los derechos episcopales, que no por eso dejaban de estenderse á todas las partes de aquella Iglesia subdividida de este modo. Es muy verosímil que la grande estension de la ciudad de Alejandría diese motivo á que se introdujese este uso; pues en las iglesias de regular poblacion no habia por lo comun mas que una asamblea, á la que presidia el obispo.

Los tres obispos que hemos nombrado, de acuerdo con otros muchos de la misma provincia, concedieron la licencia que se les pedia, tanto para los secuaces de Arrio que ya habian venido de Egipto en número muy considerable, como para los que podrian

llegar cada dia á una provincia tan cercana al Egipto como era la Palestina. En verdad que no podia escogerse mejor medio de pervertir las ovejas de Alejandro; mas guardando algun miramiento, se puso una condicion á este privilegio, y fué que las ovejas separadas permanecerian sujetas al obispo de Alejandría, y que sus pastores subalternos, á pesar de su separacion, continuarian pidiendo la paz y comunión del Patriarca. Mediante esta pretendida formalidad celebráronse en Palestina asambleas de egipcios bajo la direccion de sacerdotes de la misma nacion, los que no obstante estar excomulgados por su obispo, pretendian, contra la voluntad del mismo, formar parte de su iglesia: práctica no oida por entonces, pero harto comun en lo sucesivo por las maquinaciones de muchos sectarios. Tal favor animó á toda la secta: viéronse en la Iglesia divisiones intestinas, no solo en Egipto y en Palestina sino por todo el Oriente, mucho mas nocivas á la Religion que los ataques de los mas violentos perseguidores. Excomulgábanse los obispos mutuamente sin la menor consideracion; los partidarios de la novedad no respetaban los títulos mas legítimos, y por do quiera se argumentaba sobre los misterios mas sublimes y mas impenetrables. Y no eran solos los eclesiásticos los que disputaban: los seglares menos instruidos, los mercaderes en las plazas y en las tiendas, los menestrales, el pueblo y hasta las mugeres dejando la aguja y el huso, predicaban ó cuestionaban con la mayor desvergüenza, como si el entusiasmo les infundiese sabiduría. En tanto los paganos se aprovechaban de estas divisiones é insultaban al cristianismo, representando en sus teatros los sacrosantos misterios tan indiscreta é indecentemente divulgados.

En algunas partes quisieron los ministros del emperador reprimir esta temeridad profana; pero el desorden fué mayor y vino

á parar en tumulto y sedicion declarada; de modo que el populacho osó apedrear las estátuas del mismo príncipe. Cuando llegó esta noticia á la corte, opinaban los ministros que se castigase de un modo ejemplar un atentado cometido, segun decian á Constantino, contra su propia persona; y afirman que en esta ocasion fué cuando dando el príncipe aquel ejemplo tan memorable de mansedumbre, respondió, pasándose la mano por el rostro: *muy leve seria la herida euando no me ha dejado la menor señal.*

No obstante, estaba muy perplejo, porque veia que algunos hombres sábios eran de contrario parecer, y no sabia de quién fiarse en esta variedad de opiniones, pues ya se habian esparcido muchos escritos por una y otra parte. Arrio formó una coleccion de todos los documentos que establecian con mas fuerza su error: el obispo de Alejandria reunió por su parte euanto encontró mas á propósito para hacer respetar la antigua doctrina; y se cuentan hasta setenta cartas escritas sobre el particular, por este celoso prelado, de las que solas dos han llegado hasta nosotros. Esta gran divergencia de pareceres sobre un punto tan capital de la Religion puso á Constantino en el estado mas cruel de perplegidad, pues que no estaba aún bautizado, y solo tenia un conocimiento muy insuficiente de los sacrosantos misterios y del régimen eclesiástico. Empero su rectitud y piedad le inclinaron á que recurriese á los primeros Pastores; él no podia proceder mejor, mas los lados que tenia eran malos.

Desde la derrota de Licinio y conquista del Oriente residia Constantino ordinariamente en Nicomedia. El obispo de esta ciudad, que era el intrigante Eusebio, le dió á entender que en el fondo de las cosas todos estaban conformes; que la controversia, aunque la veia tan acalorada, era solo sobre palabras y vanas sutilezas; que

el único mal real que habia era el alboroto y el escándalo; y finalmente, que era necesario valerse de su suprema autoridad para imponer á todos un silencio absoluto (1). Asi abusó de la confianza del soberano el patrono de la heregia para tener la verdad oculta y tapar la boca á los obispos que son sus naturales defensores; y esto con el pretesto, en todos tiempos tan especioso, de la paz y concordia. La política calificó de frívola la cuestion, siendo asi que de nada menos se trataba que de saber si Jesucristo era Dios ó criatura; y por consecuencia necesaria, si el culto cristiano era verdadera idolatria.

A pesar de esto, el emperador, guiado por el mismo Dios, ya que no tenia hombres que le aconsejasen, no procedió con precipitacion. Estaba á la sazón en la corte, á donde verosímilmente le habria enviado el Soberano Pontífice como un doctor de confianza y un defensor importante de la Religion en tan delicadas circunstancias, el célebre Osio, obispo de Córdoba en España, prelado que mereció tambien la confianza de Constantino, al cual habia instruido en la fé. El religioso emperador tomó el partido de escribir á Alejandria, y eligió á Osio para portador de las cartas y agente suyo; siendo de observar que le prefirió al revoltoso Eusebio, en el que observó sin duda el espíritu de partido y de interés que le dominaba, interin que el obispo de Córdoba no mostraba otro que el de la prosperidad de la Iglesia.

No habia mas que un medio legítimo de restablecer la tranquilidad, y era el de imponer silencio á los partidarios de la novedad, y confirmar á los Pastores en el derecho inalienable de enseñar la fé constante de la Iglesia. Tal fué el método que

(1) *Epist. Constant. ad Alexand. et Arr.*

siguió Osio en el Egipto; mas halló tanta fermentacion en los ánimos, que volvió á Nicomedia sin haber hecho otra cosa que reconciliar en el Concilio de Alejandria al sacerdote Coluto, autor de otro cisma, que suponiéndose obispo, habia pretendido ordenar sacerdotes, desde el tiempo que Arrio principiaba á dogmatizar.

No obstante, el Patriarca de Alejandria se aprovechó de esta ocasion para que la verdad llegase á oídos de Constantino. Con todas sus fuerzas apoyó Osio, é hizo conocer al príncipe que se trataba del punto mas fundamental del cristianismo, esto es, de la divinidad de Jesucristo; y que para acabar esta triste disputa, como tambien la de los cuartodecimanos y donatistas, convenia celebrar un Concilio solemne compuesto de todos los obispos que se pudiesen reunir de las diversas partes de la Iglesia. Infírese de aquí que Osio hizo lo que pudo para que adoptasen la práctica comun los muchos que se obstinaban todavia en celebrar la Pascua, imitando á los judíos, el catorce de la luna, en cualquier día de la semana que cayese. Era este uno de los encargos que llevó á Alejandria; pero no logró mejor resultado que en la reduccion de los arrianos. En las provincias Orientales aumentábase mas y mas, en vez de disminuir, el número de los cuartodecimanos. A esta costumbre manifestaban una pasión extraordinaria los audianos, llamados así del nombre de su gefe Audio de Mesopotamia; lo cual con otras opiniones extravagantes los precipitó en un verdadero cisma, y de este en la heregia. Pararon en efecto en ser antropomorfitas, es decir, que tomando á la letra ciertas espresiones de la Escritura que atribuyen á Dios manos y cara, lo creyeron corpóreo y de figura humana. Tantas y tan importantes causas impelieron al emperador, por consejo de los obispos, á procurar la celebracion del primero de los

Concilios Ecuménicos, segun el modo comun de contarlos, poniendo fuera de este número el de Jerusalem celebrado por los Apóstoles.

Para celebrar tan augusta asamblea se designó la ciudad de Nicea, una de las principales de la provincia de Bitinia é inmediata á Nicomedia. Despachó el emperador por todas partes á los obispos, no órdenes ni rescriptos imperiales, sino cartas respetuosas, segun dicen los historiadores de aquella época (1), invitándoles á que acudiesen sin pérdida de tiempo, proporcionándoles á sus espensas carruages y todos los medios de hacer el viaje con decoro y comodidad. En esta invitacion no se olvidó ciertamente al Soberano Pontífice; pues este comisionó para que hicieran sus veces, además del obispo Osio, á los sacerdotes de la Iglesia Romana Vito y Vicente, por no serle posible ir personalmente á causa de su edad avanzada. En las Actas del sexto Concilio hay un testimonio que prueba hasta la evidencia que Constantino caminó de acuerdo con el Papa Silvestre para la convocacion (2); y aun parece cierto que lo primero que hizo aquel príncipe, fué escribirle como á Cabeza de la Iglesia universal, á quien correspondia la convocacion de esta asamblea de la Iglesia. Por donde es de ver que si los historiadores antiguos atribuyen tanta parte al poder imperial en esta convocacion, como tambien en las de todos los Concilios de la primera antigüedad, no es porque pretendieran despojar de sus derechos naturales á los Soberanos Pontífices, que ciertamente no son de peor condicion en su orden que los presidentes natos de cualquier sociedad, sino porque debiendo los emperadores dar proteccion á la Iglesia,

(1) *Sozom. lib. 4, hist. cap. 17.*

(2) *Concil. VI. Act. 18.*

velar por la tranquilidad de sus Estados, y suministrar por otra parte á los prelados los carruages públicos y los víveres, entraban en el pormenor de todos los cuidados concernientes á estos grandes objetos. Como quiera que esto fuese, comisionando el Papa á sus legados ó diputados, intervino y concurrió con su autoridad apostólica en cuanto se hizo para la convocacion. Para representar la persona de Silvestre en el Concilio, fué nombrado Osio de Córdoba, y no hay duda en que le presidió; pues además de lo que dice en general San Atanasio, que Osio gobernó todos los Concilios famosos de su tiempo; el nombre de este obispo de Occidente se encuentra el primero en las suscripciones ó firmas de Nicea. También es cierto que presidió al Concilio de Sárdica, que fué una especie de suplemento al primer Concilio general. Y siendo así ¿por qué otro título que el de representante del Soberano Pontífice se le hubiera permitido ponerse á la cabeza de todos los obispos de la cristiandad, y aun de los patriarcas de Antioquia y Alejandría que asistieron en persona? Gelasio de Cícico dice espresamente (1) que Osio ocupaba, con los sacerdotes Vito y Vicente, el lugar de Silvestre, obispo de la gran Roma: testimonio que por ser de un autor griego, que escribía segun las memorias de sus compatriotas, no puede ser sospechoso. En fin, no hay cosa mas conforme á los usos posteriores y constantes: pues en las actas de todos los antiguos Concilios Euménicos, excepto el segundo que no fué convocado euménicamente, siempre se halla la primera la firma de los legados del Papa, que las mas veces son un obispo y dos sacerdotes.

Los mas ilustres de los prelados que se juntaron en Nicea, en número de trescientos

diez y ocho, sin contar los sacerdotes y demás individuos del clero, son los siguientes: de la primera silla de la Iglesia, despues de Roma, asistió el santo Patriarca Alejandro con el diácono Atanasio, que aunque jóven, mostraba ya lo que habia de ser en lo sucesivo; y además acudieron del Egipto otros dos venerables personajes, que eran Potamion de Heraclea y Pafaucio de la Tebaida alta. El primero perdió un ojo en defensa de la fé; y el otro, despues que le sacaron el ojo derecho por la misma causa, le habian cortado el jarrete izquierdo: habia sido discípulo de San Antonio, y le creían dotado, como á su maestro, del don de profecía. Tenia Constantino una singular complacencia en conversar con este santo confesor; y muchas veces, transportado de la fé mas viva, le besaba con respeto la cicatriz que le habia quedado en la cara.

Espiridion, obispo de Tremitunta en Chipre, era muy respetable, ya por los milagros con que Dios se anticipaba muchas veces á sus deseos y sencillez, ya por su escrupuloso respeto á la Escritura y á las tradiciones eclesiásticas, como lo prueba el siguiente hecho: en una junta pastoral de su provincia tuvo que predicar el obispo de Ledra, que era un orador elocuente, de delicado gusto y muy versado en las ciencias (1); ofreciósele citar aquel pasage del Evangelio en que el Salvador dice á un paralítico: *toma tu lecho y camina*: y el elegante prelado substituyó otro término al de cama ó lecho, que le parecia bajo; mas no gustó esto Espiridion, el cual levantándose en medio de los Padres, dijo al predicador: ¿por ventura sabeis mas vos, ó sois superior al que dijo *grabatum* ó cama, para avergonzaros de usar la misma espresion? A pesar de esto su celo no provenia ni de aspereza de carácter, ni de un rigorismo duro é impru-

(1) Gelas. lib. 1, cap. 3.

(1) Sozom. lib. 1, hist. cap. 11.

dente; antes al contrario, era tanta su caridad, que algunas veces es preciso suponer una causa muy extraordinaria para no graduarla de demasia, como lo acredita el caso siguiente: llegó á su casa un huésped en extremo cansado en tiempo de cuaresma, en el cual acostumbraba el Santo pasar varios dias seguidos sin comer, y regularmente seria por Semana Santa; nada habia en ella sino un repuesto de carnes saladas para el consumo, de las que mandó el Santo que preparasen y sirviesen al huésped; pero como este, á pesar de su grande necesidad, rehusase gustar un alimento vedado por las reglas ordinarias, comió primero San Espiridion, para obligarle á que hiciese lo mismo, juzgando que hay casos en que los preceptos mas positivos pueden ceder á la necesidad y á la caridad (1).

Santiago, obispo de Nisibe en Mesopotamia, era igualmente acreedor á la gran nombradía que se habia adquirido. Habia practicado durante mucho tiempo la vida ascética y solitaria en lo mas áspero de un monte, en donde pasaba las tres estaciones del año espuesto á la inclemencia; y si en el mayor rigor del invierno se retiraba á alguna caverna, era reprendiéndose á sí mismo su flojedad. Habíase prohibido absolutamente el uso del fuego; se alimentaba solamente de frutas insípidas y legumbres, escogiendo no las que su gusto le pedia, porque lo habia perdido todo, sino tan solo atendiendo al precepto del Criador que prohíbe comer las perjudiciales, y se abstenia de todo otro sustento: su vestido era un áspero y grosero tejido de pelos de cabra. El episcopado, que sus compatriotas le obligaron á aceptar, fué para él un aumento muy considerable de penas y de trabajos, porque su aplicacion á enseñar, la correccion de los pecadores, la administracion de las co-

(1) Vit. S. Spirid. lib. 1, cap. 13.

sas santas, y el cuidado de los pobres, fueron otros tantos egercicios que acumuló á los que ya tenia, pues no se dispensó en ninguno de estos. Cuéntase de él que una partida de vagabundos y mendigos le pidió un día con qué sepultar á uno de sus compañeros, que estaba tendido como muerto en el camino por donde pasaba el obispo. Dióles la limosna y pidió á Dios por el fingido difunto; pero el impostor murió al momento, y sus compañeros que le querian hacer levantar poco despues, notaron con el mayor espanto que su juego se habia convertido en realidad. Recurrieron de nuevo al Santo, echáronse á sus pies, y confesaron su ficcion con sincero arrepentimiento: enternecióse al cabo el venerable varon, y por la virtud de sus oraciones resucitó al mismo á quien estas acababan de hacer que espirase para servirles de escarmiento. Fué siempre este ilustre patrono un antemural seguro para la ciudad de Nisibe, á la que libró, aun mucho tiempo despues de su muerte, de la invasion de los bárbaros.

Paulo, obispo de Neocesarea del Eúfrates, en las inmediaciones de Nisibe, habia perdido en las persecuciones de Licidio el uso de las dos manos, cuyos nervios le quemaron con un hierro ardiente.

Habia también entre los Padres que concurrieron al Concilio de Nicea otros muchos confesores de la fé que llevaban en su cuerpo las gloriosas señales de los sacrificios sangrientos que les habia costado su confesion. Faltábale al uno un ojo, al otro le habian cortado un brazo, muchos estaban desjarretados para que no se escapasen de las minas, en donde los castigaban y oprimian como si fuesen animales de carga. No eran menos recomendables por su celo y demás virtudes los que se habian libertado de los perseguidores. Por manera, que este augusto Concilio contaba casi tantos Santos como obispos, y parecia una asamblea de inmor-